

han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. Nó, ni una sola oración por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, según el sistema protestante.

Por lo que á mí toca, confieso que esta sola consideración bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las personas á quienes uno ha amado y perdido, es una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazón del hombre, que una religión que niega esa necesidad y prohíbe satisfacerla, ya está juzgado de antemano. De manera que no hacía más que expresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decía á mí mismo con admirable energía: “Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religión, que me permita amar á la Santa Virgen y orar por mi madre.

có de supersticiones las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote irlandés le replicó con un argumento *AD HOMINEM*, diciéndole: “Ahora es Vd. protestante anglicano?—Sí.—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí.—Luego cometen una superstición, según la doctrina en que Vd. se funda para condenar á la Iglesia católica.”—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusión puso al pobre ex-israelita. Su única salida fué ésta: “El protestantismo anglicano todavía no está puro; le queda algo de *ROMANISMO*.”—¿Si irá el antiguo hebreo á concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII é Isabel? Parece que no deben tener cuidado de esto los ingleses. Aquel judío, si mal no recuerdo, me dijo que había logrado un empleo en la botica del hospital protestante de Jerusalém; y además estaba para casarse con la hija de otro judío *PROTESTANTIZADO*, que posee algunas propiedades cerca de Belén. Pescado el sueldo, no se ocupará más en saber si el anglicanismo está ó no puro. Entre tanto, no puro como él le declaraba, le ha abrazado, tiene empleo y espera novia.—[Traductor.]

XVII.

El juicio de la muerte.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Veamos cuál es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos como mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola expresión de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habían educado en el protestantismo y le conocían á fondo porque le habían practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que después de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos y encargándoles que permanecieran firmes en la religión católica. Después de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: “Alabado sea Jesucristo.”

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos! Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fe en Dios y en la in-

mortalidad del alma, cuando no se han endurecido hasta el punto de hacerse materialistas ó ateistas, ¡cuántas inquietudes, cuántos remordimientos y cuántos terrores los agitan en sus últimos momentos! Ellos se acuerdan entonces de aquella Iglesia santa que abandonaron, y tiemblan al considerar *por qué* lo hicieron. Este mundo con sus seducciones, se desvanece delante de sus ojos espantados, cediendo el lugar á los pensamientos del juicio y de la eternidad que se acercan. Si todavía creen en la Sagrada Escritura, leen en ella con terror aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que los condenan: “¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”

La muerte de los fundadores del protestantismo, todos ó en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma la verdad de estas reflexiones, de una manera que espanta.

Lutero desesperaba de salvarse. Poco tiempo antes de su muerte, la infeliz mujer con quien vivía como casado, le mostraba una noche el firmamento, sembrado de brillantes estrellas. “Mira, maestro, le decía, ¡qué cielo tan bello!—No brilla para nosotros, respondió sombríamente el heresiarca.—¿Es acaso porque hemos violado nuestros votos? respondió Catalina—Puede ser, repuso Lutero. —Pues si así fuere, volvió á decir Catalina, era necesario volver sobre nuestros pasos.—Ya es tarde; el carro está muy atollado,” concluyó Lutero, cortando la conversación.

Hallándose el mismo Lutero en Eilseben, la víspera del día en que le atacó la apoplejía, decía á sus amigos: “Casi he perdido á Cristo en esas grandes olas de desesperación en que estoy sepultado.” Después de alguna pausa añadió: “Yo que he salvado á tantos, no puedo salvarme á mí mismo.” Más arriba he citado su testamento impío. El murió abandonado de Dios, blasfemando hasta el fin, y su última palabra fué una protesta de impenitencia. Su hijo mayor que dudaba de la *Reforma* y del reformador, le preguntó por última vez, si perseveraba en la doctrina predicada. “*Sí*,” murmuró sordamente el gran culpable, y compareció delante de Dios.

Según el protestante Schusselburg “Calvino murió de

fiebre escarlatina, devorado por un hormiguero de gusanos y consumido por un tumor ulceroso, cuyo olor infecto no podía soportar ninguno de los asistentes.” (*) Este heresiarca exhaló miserablemente su alma culpable, desesperando de salvarse, invocando á los demonios, profiriendo los más execrables juramentos y las más horribles blasfemias. Juan Haren, su discípulo, y testigo ocular de su muerte, refiere que “Calvino murió desesperado, de una de esas muertes vergonzosas y desagrabables, con que Dios ha amenazado á los impíos y á los réprobos..... Yo puedo atestiguarlo porque lo he visto con mis ojos. [1.]

Espalatino, Justo Jonás, Isinder y muchos otros amigos de Lutero y corifeos del protestantismo, perecieron, desesperados los unos y locos los otros.

Enrique VIII murió diciendo que había perdido el cielo, y su digna hija Isabel espiró en medio de una desolación profunda, echada en el suelo, pues no se atrevía á estar en la cama, porque al principio de su enfermedad la había parecido ver su cuerpo todo descarnado, palpitando en un brasero de fuego. [2.]

¡Plegue al cielo que en vista de estas muertes espantosas, y considerando lo que es la eternidad, nuestros pobres hermanos, los católicos, que puedan ser tentados á abandonar la fe de la Iglesia, para seguir á aquellos desventurados heresiarcas, se acuerden de que ha de llegar un día en que ellos también han de dar cuenta á Dios! Si piensan en la muerte, en el juicio y en el infierno, yo les aseguro que no se harán protestantes.

Sin embargo, si algunos han tenido la desgracia de ceder á la tentación y de renegar de la fe católica, que no desesperen de la misericordia divina; y para esto que escuchen la historia, perfectamente verídica, de la muerte de un apóstata más culpable que otros.

[*] Teolog. Calv.

[1.] De vita Calvin.

[2.] Lingard, History of England, vol. VIII, Chap. VIII & Milner, Letters to a Prebendary, Letter. 8.

En un país limítrofe del Norte de la Alemania, vivía un sacerdote olvidado de los deberes de su santo estado. A fuerza de caer de desórden en desórden, llegó á tal exceso, que abjuró la fe y huyó de su patria para hacerse protestante. Aceptó además una colocación de pastor, y así de predicador de la verdad, se volvió maestro del error. En este estado de enemistad con Dios pasó muchos años. Un día le convidó á comer un predicador protestante, de una ciudad grande, que reunía en su mesa á otros muchos pastores protestantes de las inmediaciones. Mientras que juntos se divertían, vinieron á decir al pastor, dueño de la casa, que un pobre hombre se estaba muriendo y parecía tener necesidad de algunos auxilios espirituales. Yo no sé por qué motivo el pastor no pudo ir á ver al enfermo, y en consecuencia, el sacerdote apóstata se ofreció á reemplazarle en aquel ministerio. Su oferta fué aceptada. Pronto le introdujeron en un cuarto, donde yacía en cama un anciano, próximo ya á exhalar el último suspiro. El enfermo estaba desesperado. Leyóle el apóstata algunos pasajes de la Biblia; pero el moribundo por toda respuesta le dijo: “Yo estoy perdido, no hay perdón para mí. ¡Ay de mí! ¡Estoy condenado!” Quería el apóstata tranquilizarle, exhortándole á cobrar confianza. “Nó, nó, repuso el otro, nadie puede auxiliarme, yo no puedo ir al cielo: mi pecado es demasiado enorme, debo ser condenado.”—“Pero por amor de Dios ¿qué es?” repuso el apóstata: “¿De qué os sentís tan cargado el corazón?” Y el moribundo sólo le respondía con las mismas palabras de desesperación.

Rindióse, en fin, el moribundo á las vivas instancias del apóstata, y le dijo: “Lo que hace que para mí ya no haya ni salvación, ni cielo, es que soy un sacerdote apóstata; y á este pecado he añadido otros, he resistido á las solicitudes de la gracia, he rechazado las divinas misericordias.... ¡Ay! mi falta es demasiado grande para que pueda ser perdonada. Estoy perdido. Nadie puede ayudarme.”

Una revelación como esta llenó de turbación el alma del apóstata, que veía en aquel cuadro su propio retrato. En aquel momento la antigua fe le representó que había un

poder divino inamisible, conferido al sacerdote cuando se ordena; y él, con una voz conmovida, dijo al moribundo: “Hermano querido, yo puedo ayudaros. Esto es tan cierto, como que Dios existe; yo puedo ayudaros.... Yo también soy sacerdote católico, os lo aseguro; y lo mismo que vos, yo también soy un renegado y estoy excomulgado. Pero como sabéis, en este artículo de la muerte, puedo absolveros, aunque me halle en ese estado.”

Fué esto para el pobre moribundo, como si un angel hubiese venido del cielo para darle consuelo y esperanza. vencido por la infinita misericordia de Dios, que á la hora última de su vida, aún le ofrecía el perdón, y con el perdón otras gracias y la seguridad de salvarse, si hacía una buena confesión; hízola con los sentimientos del más vivo dolor y del más sincero arrepentimiento, obtuvo la absolución y murió en la paz del Señor. Este golpe triunfante del amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres y busca á los más grandes pecadores hasta su último aliento, hirió de tal manera al que había sido instrumento de tamaña misericordia, que mudado inmediatamente su corazón por la omnipotencia de la gracia, desde aquel momento resolvió convertirse. De vuelta á la casa del convite, halló todavía reunidos á los comensales y les dijo: “Adios, señores. Yo me vuelvo al gremio de la Iglesia católica, á la cual había abandonado con tanta perfidia. Acabo de ver cuán terrible es la hora de la muerte para un apóstata. Gracias á Dios, por su especial providencia, yo me hallé ahí para ser, aunque indigno, instrumento de su misericordia; y pues esa misma misericordia infinita me llama á penitencia, voy á hacerla para reconciliarme con el Señor y salvarme.”

XVIII.

El protestantismo y la incredulidad.

Los incrédulos y los racionalistas de nuestros días, tratan con especiales complacencias al protestantismo y consideran á Lutero y Calvino como á sus propios abuelos. Tienen razón. Digan lo que quieran esos protestantes que todavía

tienen algo de cristianos, la incredulidad que hace tantos estragos en la sociedad moderna, es la consecuencia lógica é indeclinable de la revolución religiosa del siglo décimo sexto.

El protestante es un hombre, que en nombre del libre exámen, rechaza una parte de las verdades cristianas enseñadas por la Iglesia al mundo, con la autoridad que Cristo la ha dado. El incrédulo es un hombre, que en nombre de ese mismo principio del libre exámen, va más lejos y rechaza todo el conjunto de esas verdades.

El protestante rechaza á la Iglesia, porque no la cree una institución divina. El incrédulo rechaza á Jesucristo, porque no le cree verdadero Dios.

El principio es el mismo para el protestante y para el incrédulo. Esto es, en el uno y en el otro, la razón individual usurpa el lugar que corresponde á la fe, que es la sumisión del espíritu á la autoridad de Dios. De consiguiente, el protestante, sépalo ó no lo sepa, es un incrédulo en semilla; y el incrédulo es un protestante ya desarrollado, crecido, maduro.

Como en la bellota está el encino, porque sembrada aquella nace éste; así la incredulidad está en el protestantismo, pues del principio de éste nace la consecuencia de aquel. El camino de las negaciones forma una resbaladiza pendiente. Si el libre exámen de un luterano ó su razón, ya que así hay antojo de llamarla, le forza á rechazar la autoridad del Papa, que es el Vicario de Jesucristo; un calvinista dice que ese mismo libre exámen le hace rechazar la presencia real de nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, dogma conservado por los luteranos. Por el mismo principio los socinianos, los ministros protestantes de Ginebra y una multitud de sus colegas franceses, rechazan hoy, imitando á Voltaire y á Rousseau, la divinidad misma de Jesucristo; y por consiguiente abjurán el cristianismo y caen en la incredulidad completa, siempre en consecuencia del libre exámen. Los filósofos alemanes y franceses, racionalistas y panteístas, de todos los colores, no se paran en Jesucristo, sino que se adelantan á negar la existencia de un Dios

Creador, todo esto también por la gracia del libre examen. De consiguiente, lo repito y conmigo lo repetirá todo protestante que quiera ser franco y sepa ser lógico: el libre examen es el protestantismo en su principio esencial. Lutero, padre del libre examen y del protestantismo, es por tanto el padre de la incredulidad, el padre de toda negación anti-cristiana. (*)

El Sr. Eugenio Rendú, en su memoria sobre la instrucción pública en Alemania dice: “Estaba yo en Jena dos meses antes de la apertura del sínodo, en que debían reunirse los pastores protestantes de los diversos Estados de Alemania, y pregunté á un pastor, que era catedrático distinguido de Teología en la Universidad de la misma ciudad de Jena: ¿si se ocuparía aquella asamblea de cuestiones dogmáticas y doctrinales? Nó, me respondió él: se tratará de liturgia y de simples cuestiones de forma. Sobre los demás *no se puede pensar en entenderse*, porque desde que uno se pone en el terreno dogmático *Pist... Todo desaparece.*”

Eugenio Sué, uno de los jefes del partido anticristiano, ha escrito, entre otras cien líneas, las siguientes que recomendamos á la meditación de todos los católicos y de los muchos protestantes que aman la verdad: “Los hombres de la libertad, dice aquel impío, los radicales, los racionalistas, han atacado tal vez inoportunamente al protestantismo, especie de religión transitoria, especie de puente, si puedo expresarme así, con cuya ayuda se debe llegar seguramente al racionalismo puro, aunque sufriendo esa fatal necesidad de un culto; porque la masa de la población, no sabría pasarse todavía ahora sin él.”

“Yo, libre pensador, penetrado de los peligros inherentes á toda religión, admito la necesidad de una religión (es verdad que transitoria); porque, digámoslo claro, hay que distinguir entre lo posible y lo apetecible.”

[*] Este era el sentimiento del rey Enrique IV, siendo calvinista. entonces le parecía que protestante y turco eran sinónimos en cuanto á la piedad, por lo cual decía escribiendo á la Marquesa de Verneuil: “Yo estey endiablado, y si no fuera hugonote me hacía turco.”

“Débese reconocer que en el mal hay grados que el mal menor es preferible al mal absoluto.” (*) El mal absoluto para estos impíos, es Jesucristo, en su Iglesia, es la religión, son los católicos.

Y pasando de la teoría á la práctica, Eugenio Sué formula los estatutos odiosos de una sociedad cuyos miembros no bautizarán á sus hijos, no se casarán religiosamente, no presentarán los cadáveres de sus difuntos en la Iglesia; en una palabra, renunciarán completamente toda relación con la religión.

Otro impío, Edgard Quinet, gran preconizador del protestantismo y yerno de un pastor protestante, llama á las sectas protestantes *las mil puertas abiertas para salir del cristianismo*.

Diráse que los protestantes franceses, generalmente no van tan lejos. Es verdad que hay grados en el protestantismo, y que la incredulidad absoluta es el protestantismo en superlativo.

XIX.

El protestantismo y la revolución.

Todo protestantismo es revolucionario. No digo que todo protestante, sino que todo protestantismo; porque bien sé que el hombre no es siempre bastante lógico, para poner en armonía sus acciones con sus creencias. A veces vale más el hombre que lo que piensa. Así como entre los católicos hay desgraciadamente muchos que faltando á sus principios, son revolucionarios exaltados, de la misma manera y por la propia razón de que son ilógicos, hay entre los protestantes un gran número de hombres, y hombres de saber y de talento, que son sinceramente amigos del orden entre los protestantes. Pero aquí se trata del protestantismo y no de los protestantes. Repito, pues, que todo protestantismo es revolucionario.

[*] Carta publicada en el NACIONAL BELGA, Noviembre de 1856, y reproducida por todos los diarios del partido

Mientras que el catolicismo es la sumisión del corazón y del espíritu á la autoridad de la Iglesia, el protestantismo es la negación de toda autoridad en materia de religión. Ahora bien, una vez establecido en principio que el hombre no debe reconocer ninguna autoridad religiosa: ¿no es sencillo y natural concluir, que tampoco debe reconocer ninguna autoridad política ó civil?

El ilustre Ventura de Ráulica ha hecho sobre este punto las siguientes reflexiones:

“¿Porqué los que han negado obediencia á la Iglesia no la negarían al Estado? El protestantismo sea la rebelión contra la autoridad religiosa, encierra en sus entrañas el germen de la rebelión contra toda autoridad política.

“La historia del protestantismo da un testimonio elocuente de esta verdad. Donde quiera que él fué proclamado, su primer llamamiento á los cristianos para rebelarse contra el Papa, al instante se convirtió en llamamiento á los pueblos para rebelarse contra los reyes. Las mismas lenguas de los jefes de la pretendida *Reforma*, que formulaban blasfemias las más atroces contra la Cabeza de la Iglesia, vomitaron los más sangrientos insultos contra los soberanos de los Estados. Si para aquellos genios del desórden el Sumo Pontífice era un tirano, los príncipes fueron monstruos; y las guerras de religión que en aquella época desgraciada inundaron de sangre la Alemania, la Inglaterra y la Francia, no fueron en el fondo otra cosa que *guerras de revolución*.

“Desde entonces el protestantismo ha simpatizado siempre, y en todas partes con todas las rebeliones; y todas las rebeliones han mostrado hácia el protestantismo, muy notables simpatías. (*)

[*] Nótese que esto lo decía el Padre Ventura en 1857, predicando la cuaresma en las Tullerías, delante del Emperador Napoleón; y obsérvese como poco después se han verificado y continúan verificándose, hechos que confirman de un modo concluyente sus aserciones.

1.º “Del seno de los pueblos protestantes ha salido el espíritu de rebelión,” decía el ilustre Teatino en Marzo ó Abril de 1857; y en Enero de 1858 salían de la protestante Inglaterra las bombas de Orsi-

“Todo protestantismo ha sido siempre revolucionario, así como toda rebelión ha sido siempre en la esencia protestante.

“Del seno de los pueblos protestantes, ha salido el espíritu de rebelión que en estos últimos tiempos ha cundido en algunos países católicos. Después que la pretendida *Reforma* quiso derribar el altar, todos los tronos se han conmovido. La revolución de la Francia católica, no fué mas que imitación de la revolución que antes se verificó en la protestante Inglaterra; pues al protestantismo inglés, le corresponde la triste gloria de haber introducido en la Europa cristiana, la moda pagana de asesinar jurídicamente á los reyes.” (*)

ni, y de las bombas de Orsini salieron en 1859 la guerra de Italia, las insurrecciones de los Ducados y legaciones italianas, los asesinatos y las proscripciones de los Piamonteses en el reino de Nápoles.

2.^o “El protestantismo ha simpatizado siempre con todas las rebeliones.” Las que han tenido lugar en Italia, poco después de haberse expresado así el Padre Ventura, no tienen amigo más declarado y entusiasta que el protestantismo inglés; el cual las ha ayudado con la diplomacia, con dinero, con juntas, y de cuantas maneras han estado á su alcance.

3.^o “Todas las revoluciones han simpatizado con el protestantismo.” Las epístolas de Garibaldi, aunque tan insensatas, son el mejor comentario de esta aserción del orador cristiano en las Tullerías.—[Trad.]

[*] Alude el orador á la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, y á la revolución que elevó á Cromwel y lanzó después de la Gran Bretaña á Jacobo II y la dinastía de los Stuart. Los últimos individuos de esta dinastía hubieron de morir en Roma, bajo la protección de los Papas, cuya autoridad habían desconocido é insultado sus antepasados.—Roma perdona siempre, sin exigir más que el arrepentimiento; y no sólo perdona, sino que ampara y favorece á sus enemigos en la desgracia. Así lo han experimentado todas las dinastías caídas, por más que ellas se hayan mostrado en la prosperidad hostiles á la Santa Sede. Los Borbones, que llenaron de amargura el corazón del Santo Padre Clemente XIII, han hallado y hallan un asilo decoroso, grato y seguro en Roma. Lo mismo les ha sucedido á los Bonapartes, comenzando por Napoleón I, á quien el mismo Pío VII, en pago de haberle tenido preso en Fontainebleau, envió dos capellanes, Bonavita y Vignali, para que le consolasen en Santa Eleña de las amarguras con que le abrevaba la protestante Inglaterra.—Esto solo prueba que el Papa es el Vicario de Cristo, pues vuelve bien por mal.—[Traductor.]

En virtud de ese origen común, el protestantismo y la revolución se confunden cada día más el uno con el otro. Es verdad que los protestantes honrados rechazan esa unión que los espanta, pero ella se consume inevitablemente, en virtud del principio mismo que produjo la *Reforma*; y los órganos más reconocidos del socialismo, lo proclaman así en alta voz. Por eso el revolucionario Edgard Quinet escribe lo siguiente: “Me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han combatido á Roma: *todas ellas están en nuestras filas, quiéranlo ó no lo quieran*, puesto que en el fondo, su existencia es tan incompatible como la nuestra con la dominación de Roma.” Luis Blanc, otro jefe revolucionario, dice: “*Todo Lutero religioso excita necesariamente un Lutero político.*”

Mazzino, Garibaldi y los otros aventureros, que hace algunos años tuvieron bajo su perverso yugo la capital del mundo cristiano, creyeron no poder encontrar mejor medio de afirmar y consolidar en Italia la revolución social, que el de introducir el protestantismo. Por eso fueron distribuidas en Roma millares de Biblias falsificadas; y por eso también se formó el proyecto de dar á los protestantes la Iglesia del Panteón, que está en el centro de la Ciudad. Garibaldi decía al ministro protestante Pozzi en 1850, al confiarle la educación religiosa de su hijo: *La Biblia es el cañón que nos abrirá la Italia.*

Las publicaciones impudentes de los revolucionarios modernos, están á la vista de los protestantes lo mismo que las nuestras. Que las consulten. Con voz unisona los revolucionarios todos aplauden al protestantismo, *forma religiosa de la revolución.*

Este es un hecho incontestable y público que merece la atención de los hombres serios. [*]

Los que sean indiferentes hácia los intereses sagrados de la fe, deben por lo ménos, conmovirse en vista de los peligros que amenazan al hogar doméstico.

[*] Y ya ellos lo han conocido. Por eso en el último conflicto entre el Sumo Pontificado y la revolución en Italia, se ha visto que algu-

“El socialismo, ha dicho un gran escritor, no es más que el protestantismo contra la sociedad; así como el protestantismo no es más que el socialismo contra la Iglesia.” (*)

nos de los protestantes más sábios y honrados, como el Dr. Leo en Alemania, Mr. Guizot en Francia, y en Inglaterra los redactores del Semanario THE UNION, han defendido noble, elocuente y decididamente los derechos del Papa, condenando las pretensiones, los excesos y las iniquidades de la Revolución. Hasta un judío, Mr. Cohen, ha visto que bajo el pretexto de libertad, de independencia y de nacionalidad se quiere privar al Papa de su Soberanía temporal, para arruinar su autoridad espiritual; y que si fuera posible á los revolucionarios realizar este intento, luego no quedaría en pié ninguna religión en el mundo. Por lo pronto se hablaría del protestantismo, para caer inmediatamente en el racionalismo; y á nombre del racionalismo, se renunciaría á Jesucristo y á Dios Creador, probablemente para adorar bajo la forma de una prostituta á la Diosa Razón, como en la primera revolución francesa. [Traductor.]

[*] DEL PROTESTANTISMO Y DE TODAS LAS HEREJIAS, EN SUS RELACIONES CON EL SOCIALISMO; por Augusto Nicolás.—Yo no podré recomendar demasiado este libro, en verdad notable, á todos los que quieran estudiar más á fondo la gravísima verdad que no he hecho más que indicar en este pequeño capítulo.—Consúltese también el hermoso tratado del P. Perrone, titulado: EL PROTESTANTISMO Y LA REGLA DE LA FE.

CONCLUSION.

Ahora, lector amigo, si este libro te ha hecho algún bien, ora por mí; y encomienda también á Dios, para que los ilumine á cuantos deban leerle.

Me he dirigido á tu lealtad y buen sentido. Espero haberte hecho tocar con la mano, esa profunda miseria que se llama *Protestantismo*.

Si te acontece discutir con un protestante, sé prudente y caritativo. No te dejes sacar del camino recto y claro, poniendo en práctica las reglas del buen sentido. No te metas en controversias infructuosas, las cuales sirven solamente, como dice el Apóstol San Pablo, para turbar y agriar los ánimos. Envía esos disputadores é inventores de religiones, á controvertir con el cura de tu parroquia.

En cuanto á tí conserva la fé: sé hijo sumiso de la Iglesia católica, que es la maestra de la verdadera piedad y la depositaria infalible de las verdades cristianas: practica tu fé con celo y amor: ora mucho, comulga con frecuencia: ama profundamente á Nuestro Señor Jesucristo, tu Salvador; y á María Santísima, su Madre siempre Virgen: honra, respeta y ayuda con tus oraciones al Papa, representante en la tierra del Dios del cielo; y vive, en fin, de tal manera, que después de los días de tu peregrinación en esta vida, llegues en la otra á la eterna bienaventuranza.

Sub tuum præsidium Immaculata.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

Prefacio de los editores franceses.	3.
I.—¿Por qué se ha escrito este libro?	4.
II.—Proteo.	6.
III.—Protestantismo y protestantes.	7.
IV.—Catolicismo y católicos.	8.
V.—Católicos y católicos.—Protestantes y protestantes.	9.
VI.—¿Como es que hay protestantes buenos y religiosos?	10.
VII.—¿Por qué se encuentra mayor número de malos católicos, que de malos protestantes?	11.
VIII.—Del abismo que media entre el protestantismo y la Iglesia.	13.
IX.—¿El catolicismo y el protestantismo, pueden ser verdaderos á la vez?	15.
X.—Irse á lo más seguro.	16.
XI.—Si la herejía es un gran pecado.	17.
XII.—Si puede salvarse un protestante.	18.
XIII.—Diferencia que hay entre una conversión y una apostasía.	20.
XIV.—Por qué se hacen unos católicos y otros protestantes.	22.
XV.—¿El protestantismo es una religión?	29.
XVI.—¿Cree en Jesucristo el protestantismo?	31.
XVII.—¿Hay algún protestante que pueda decir lo que cree y por qué lo cree?	34.
XVIII.—De como las palabras cristianismo y catolicismo, significan absolutamente una misma cosa.	36.
XIX.—El protestantismo y el cristianismo primitivo.	37.
XX.—¿Por que la Iglesia católica habla latín?	40.
XXI.—De la sencillez del culto protestante.	42.
XXII.—Demuéstrase que la propaganda protestante no es ni legítima ni lógica.	45.
XXIII.—La religión cómoda.	47.
XXIV.—La piedra de toque.	50.

SEGUNDA PARTE.

I.—En qué sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.	51.
II.—¿Es posible que Dios hubiese elegido á Lutero y Calvino para reformar la religión?	53.
III.—¿Han dado los apóstoles del protestantismo alguna prueba de su pretendida misión?	55.
IV.—La Iglesia católica posee la prueba divina por excelencia.	57.
V.—Los reformadores juzgados por sí mismos.	58.

VI.—Divisiones del protestantismo.	61.
VII.—Que se debe pensar de la libertad de pensar.	64.
VIII.—Divisiones religiosas de los católicos.	66.
IX.—De como la enseñanza de la Iglesia es la verdadera regla de fe.	67.
X.—La Biblia no es ni puede ser la regla de fe.	70.
XI.—El protestantismo no es ni puede ser la religión del pueblo.	72.
XII.—Es imposible para un protestante saber si la Biblia que lee es la palabra de Dios.	74.
XIII.—Hasta dónde puede llevar el principio protestante que da la Biblia como regla de fe.	77.
XIV.—¿Prohíbe la Iglesia católica que se lea la Biblia?	78.
XV.—Porqué las sociedades bíblicas están condenadas por la Iglesia.	81.
XVI.—La Biblia, toda la Biblia, nada más que la Biblia.	82.
XVII.—Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes.	87.
XVIII.—En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.	89.
XIX.—De las ciencias y de las controversias de los ministros protestantes.	90.
XX.—Porqué no se casan los sacerdotes católicos como los ministros protestantes.	92.
XXI.—De como Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles, no son del mismo modo de pensar que los ministros protestantes, sobre el celibato religioso.	94.
XXII.—Los jesuitas.	97.
XXIII.—Los matrimonios mixtos.	99.

TERCERA PARTE.

I.—Qué es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.	101.
II.—De las adoraciones idolátricas que los protestantes atribuyen á los católicos.	102.
III.—Una palabra sobre los folletos y hojas sueltas de los protestantes.	104.
IV.—De cómo ciertos folletistas protestantes, tendrían gran necesidad de aprender el arte de verificar las fechas.	106.
V.—La tolerancia de los protestantes.	109.
VI.—La intolerancia católica.	113.
VII.—La Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes.	115.
VIII.—Los mártires protestantes.	119.
IX.—Un ejemplo de la moderación protestante.	120.
X.—Supuestas persecuciones de que los protestantes dicen que son víctimas.	125.
XI.—Compra y venta de almas.	127.

XII.—La religión del dinero.	133.
XIII.—Una prueba de nuevo género en favor del protestantismo.	138.
XIV.—De la observancia del Domingo entre los católicos y entre los protestantes.	146.
XV.—Cómo se conducen los protestantes respecto á la Madre de Dios.	148.
XVI.—Cuán desolador es el protestantismo.	152.
XVII.—El juicio de la muerte.	155.
XVIII.—El protestantismo y la incredulidad.	159.
XIX.—El protestantismo y la revolución.	162.
Conclusión.	167.



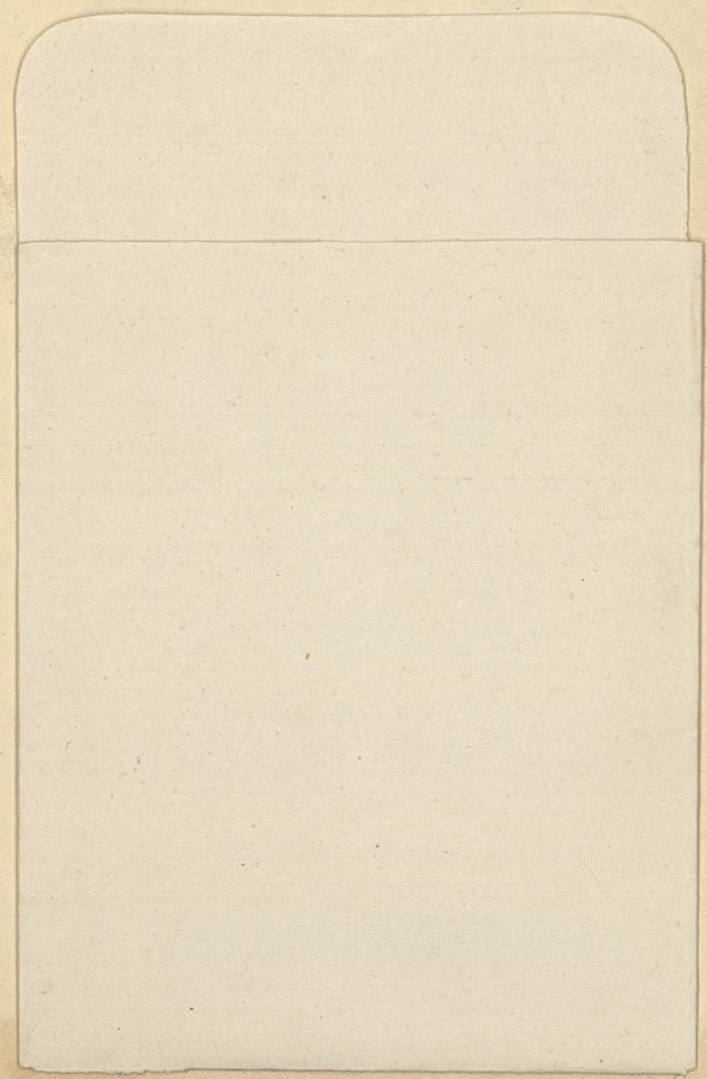
CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

41391

NL
284
56c



BIBLIOTECA
U. A. N. L.

